

MARTÍ ROM y algunas cosas de bronce. Guinot

Ningún sistema social ha sido nunca capaz de contener todas las variantes humanas por si mismo. Y nadie es tan grande que pueda abarcar el solo todo un sistema.

A lo más que se puede aspirar es a lograr un camino y seguirlo hasta el fin, con todas sus consecuencias. Esto último es muy difícil y sin embargo, en medio de este laberinto de imposibilidades, encontré un día a Martí Rom.

Había hallado ese camino, la senda del metal.

El bronce, el metal domado, la fuerza mineral de la expresión, la forma rotunda y precisa labrada en horas de barro, moldes y fundición. Una sutil melodía de vibraciones para el arrollador cuerpo modelado. Cadencia de luces y sombras y de estructuras en el aire. La presencia eterna y gigante embistiendo el espacio con su dureza suave: 90% de cobre, 10% de estaño, el Blues de la aleación. Un blues que pulsa las fibras del ser en cada estatua. Un sentimiento felino que se desliza por cada surco del cuerpo, cada rastro de la piel, cada pista en la memoria.

De hecho, me impresionan estas figuras porque son la profecía de hoy y la promesa de siempre. Pulsando cerca de todo.

El blues está entre el sonido del agua y el bronce entre el silencio absoluto (ese imposible).

El gran mérito de Martí Rom reside en avanzar por el camino logrando la ubicidad omnipresente de ambos elementos poéticos en una y cada una de sus obras.

Todo esto es muy difícil.

Y sin embargo un día encontré a Martí Rom.